

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO

ULM Y TRAFALGAR

Consecuencias de la incorporación de Génova al imperio. - Felices resultados de esa incorporación aunque en sí misma fuera un desacierto. - Vasto campo abierto á las combinaciones militares de Napoleón. - Cuatro ataques contra la Francia. - Al uno solamente dirige Napoleón todas sus miras, prometiéndose que han de quedar los otros tres sin efecto, por los medios con que ha de rechazar el primero. - Exposición de su plan. - Movimiento de los seis cuerpos de ejército del Océano á las fuentes del Danubio. - A nadie confía Napoleón sus disposiciones sino al elector de Baviera con el objeto de tranquilizar su ánimo y atraerle á su partido. - Precauciones que toma para la conservación de la escuadrilla. - Su regreso á París. - Cambio de la opinión pública respecto á su persona. - Cargos que se le dirigen. - Estado de la Hacienda. - Principian los atrasos. - Difícil situación de las principales plazas mercantes. - Escasez de numario. - Esfuerzos del comercio para proporcionarse metales preciosos. - Asociación de la compañía de *Negociantes reunidos* con la corte de España. - Especulación con los pesos fuertes. - Riesgos de esta especulación. - Se resiente la España de los mismos apuros que la Francia por haberse confundido los negocios de ambos países en el manejo de la compañía de los *Negociantes reunidos*. - Consecuencias de esta situación para el Banco de Francia. - Ira de Napoleón contra los negociantes. - Crecidas sumas en oro y plata remitidas á Strasburgo y á Italia. - Decreta el senado un nuevo alistamiento. - Organización de los cuerpos de reserva. - Empleo de la guardia nacional. - Sesión del senado. - Indiferencia con que el pueblo parisiense acoge á Napoleón. - Causale esa indiferencia cierta pesadumbre; pero marcha á ponerse á la cabeza del ejército, seguro de que en breve ha de trocar en entusiastas suyos á todos los indiferentes. - Disposiciones de los aliados. - Marcha de dos ejércitos rusos, el uno á la Galitzia para socorrer á los austriacos, el otro á la Polonia para amenazar á la Prusia. - El emperador Alejandro en Pulawi. - Sus negociaciones con la corte de Berlín. - Movimiento de los austriacos hacia la Lombardia y la Baviera. - El general Mack pasa el Inn. - El elector de Baviera, tan indeciso y perplejo hasta entonces, se entrega por fin en brazos de la Francia, huyendo á Wurtzburgo con sus tropas y su corte. - El general Mack toma posición en Ulm. - Conducta de la corte de Nápoles. - Principio de las operaciones militares por parte de los franceses. - Organización del grande ejército. - Paso del Rhin. - Marcha de Napoleón con seis cuerpos de ejército faldeando los Alpes de Suabia para envolver á Mack. - El 6 y 7 de octubre todavía está Mack sin noticia ni idea alguna de los franceses, y ya tiene á Napoleón en el Danubio hacia las cercanías de Donauwerth. - Pasan todas las tropas este río. - El general Mack se ve envuelto. - Refriegas de Wertingen y de Günzburgo. - Napoleón en Augsburgo toma sus disposiciones para circunvalar á Ulm, y ocupar al mismo tiempo á Munich á fin de separar á las armas rusas de las austriacas. - Desacierto de Murat. - Riesgo que corre la división de Dupont. - Refriega de Haslach. - Corre Napoleón al asedio de Ulm y repara los desastros cometidos. - Combate de Elchingen el 14 de octubre. - Asedio de Ulm. - Amilanamiento de Mack, y retirada del archiduque Fernando. - El ejército austriaco se ve obligado á capitular. - Triunfo inaudito de Napoleón. - En veinte días ha derrotado un ejército de ochenta mil hombres sin presentar batalla. - Continuación de las operaciones navales desde el regreso del almirante Villeneuve á Cádiz. - Severidad de Napoleón para con este almirante. - Va á reemplazarle el almirante Rosily con orden para que la armada pase desde Cádiz al Mediterráneo. - Pesadumbre del almirante Villeneuve y su resolución de empeñar una batalla desesperada. - Estado de las escuadras franco-española é inglesa. - Instrucciones de Nelson á sus capitanes. - Salida precipitada del almirante Villeneuve. - Se encuentran ambas escuadras en el cabo de Trafalgar. - Ataque de los ingleses formados en dos columnas. - Nuestra línea de batalla es deshecha. - Funciones heroicas de los navíos *Formidable*, *Bucintauró*, *Fogoso*, *Algeciras*, *Plutón*, *Aguiles* y *Príncipe de Asturias*. - Muerte de Nelson. - Villeneuve cae prisionero. - Derrota de nuestra escuadra tras una lid memorable. - Espantosa tempestad al fin de la batalla. - Acaban los combates y comienzan los naufragios. - Conducta del gobierno imperial con la marina francesa. - Se manda guardar silencio sobre los últimos acontecimientos. - Ulm hace olvidar los desastres de Trafalgar.

El reunir Génova á la Francia, la víspera misma de la expedición de Inglaterra era un desacierto solemne, como que se proporcionaba con eso al Austria la única razón que debía decidirla á la guerra, provocando, atrayendo sobre sí una tremenda liga, justamente cuando más importante era el reposo absoluto del continente, para tener enteramente expedita la acción contra la Inglaterra. Verdad es que las consecuencias de esa incorporación no las había previsto Napoleón por el yerro de tener en muy poco al Austria, y de creerla incapaz de moverse aun cuando se le hicieran todo género de afrentas. Con justicia se le echado en cara el desacierto de aquella incorporación en tales circunstancias; pero sin embargo, preciso es decir que fué realmente un acontecimiento feliz. Es evidente que si el almirante Villeneuve hubiese sido capaz de dar la vela hacia el canal de la Mancha, presentándose delante de Boloña,

eternamente debiera llorarse el desconcierto que había sufrido tan vasto proyecto; pero faltándole aquel almirante, Napoleón, reducido otra vez á la inacción ó atravesar temerariamente el estrecho sin el amparo de una armada, se habría encontrado en muy grande apuro. El haberse tantas veces proclamado aquella expedición, saliendo frustrada en tres ocasiones consecutivas, hubiera acabado por atraer sobre él en cierto modo el ridículo, dando lugar á que la Europa le creyese verdaderamente impotente contra la Inglaterra. De la situación embarazosa y difícil en que su desacierto le había constituido, vino á sacarle la liga continental, ofreciéndole, desatinadamente también, el campo de batalla de que él había menester entonces. ¡Ciertamente es á veces peregrino el enlace de los acontecimientos de este mundo!.. Con frecuencia se ven fallidas las combinaciones más juiciosas, obteniendo el triunfo los verdaderos des-

propósitos; y sin embargo, no por eso se ha de condenar la prudencia, ni menos posponerla á los impulsos del capricho en el gobierno de las naciones. No; el giro de los negocios no se debe fiar nunca al acaso, antes importa meditar, calcular sus resultas, más que tenga uno que confesar que sobre los designios del hombre siempre imperan los de la Providencia como más positivos y profundos; conviene tenerlo presente, no para prescindir de toda ciencia humana, sino para refrenar sus vanos ímpetus con la modestia.

Para apreciar cual conviene la resolución de Napoleón en tales circunstancias, se necesita haber palpado las dificultades en que tropieza un gobierno, y las que surgen siempre que se trata de preparar, aplicar y llevar á efecto medidas de grande importancia removiendo á la vez cosas y personas. Ya amortiguado en Napoleón el pesar de ver que la expedición de Boloña no podía verificarse, se dedicó enteramente á su nuevo proyecto de guerra continental. Jamás había dispuesto de recursos tan abundantes y poderosos; jamás le había brindado un campo de operaciones tan vasto; porque cuando mandaba el ejército de Italia, las llanuras de la Lombardia y el círculo de los Alpes eran los límites de todos sus movimientos, y si tal vez le acometía el deseo de salvar aquellos límites, la recelosa prudencia del director Carnot ponía coto á sus osadas combinaciones. Cuando siendo primer cónsul concibió el plan de la campaña de 1800, le fué preciso tener miramientos con unos lugartenientes que todavía eran sus iguales; y si á Moreau, por ejemplo, le señaló un plan cuyas consecuencias hubieran podido ser felices, el apocado carácter de aquél le servía de barrera, y no tenía más arbitrio que dejarle obrar á su modo, esto es, de una manera mezquina aunque segura, teniendo él que aislarse en el estrecho campo del Piamonte. Verdad es que allí adquiriría renombre con una operación que será siempre considerada como un verdadero prodigio del arte de la guerra; pero siempre su genio había encontrado obstáculos al quererle desarrollar. Esta vez era la primera que se veía completamente dueño de su voluntad, libre como lo habían sido César y Alejandro: pues entre sus compañeros de armas, aquellos cuyos celos ó cuya reputación no servían sino de estorbo, se habían apartado voluntariamente de la liza por una conducta imprudente y criminal. Quedábanle sólo jefes sumisos á su voluntad, y que reunían en el grado más eminente cuantas prendas eran necesarias para la ejecución de sus designios. Su ejército, cansado de tan prolongada inacción, ansioso de gloria y de combates, aguerrido con diez años de campañas y tres de ejercicios continuos, se sentía con ánimos para las más difíciles empresas y las marchas más atrevidas. La Europa entera se brindaba á sus combinaciones. Hallábase en el Occidente, sobre las márgenes del mar del Norte y de la Mancha; y en el Oriente, el Austria, auxiliada de las armas rusas, suecas, italianas é inglesas, impeliendo contra la Francia las huestes que una especie de conspiración europea había puesto á su disposición. Todo era grande, su situación y los medios con que contaba; pero si bien nunca había contado con recursos como aquéllos para contrarrestar un riesgo grave y subitáneo, tampoco habían sido nunca mayores las dificultades. Ese ejército, del cual puede decirse que nunca tuvo igual en cuanto á su buena disposición, ese

ejército se hallaba á orillas del Océano, lejos del Rhin, lejos del Danubio y de los Alpes, razón por la cual las potencias continentales habían tolerado su reunión sin quejarse, y ahora había que trasladarle de un golpe al centro del continente. Ese era el problema que se había de resolver, y vamos á ver los medios que Napoleón empleó para salvar el espacio que le separaba de sus enemigos, y plantarse en medio de ellos en el punto más propicio para que la formidable liga quedase disuelta.

Aunque se obstinó en creer la guerra menos próxima de lo que realmente estaba, había discernido perfectamente el plan de ella y sus preparativos. La Suecia hacía armamentos en Stralsund y en la Pomerania sueca; la Rusia en Revel y en el golfo de Finlandia. Se hablaba de dos poderosos ejércitos rusos que se reunían ya, el uno en Polonia á fin de arrastrar á la Prusia, y el otro en la Galitzia para auxiliar al Austria. Ya no se miraba como mera sospecha, sino que se sabía con toda certidumbre la formación de dos ejércitos austriacos, el uno de ochenta mil hombres en Baviera, el otro de cien mil en Italia, ambos unidos por medio de un cuerpo de veinticinco á treinta mil que ocupaba el Tirol. En una palabra, rusos en Corfú, ingleses en Malta y los síntomas de agitación en la corte de Nápoles, hartos daban á entender la intención de una tentativa hacia el Mediodía de la Italia.

En efecto, cuatro ataques se preparaban: el primero en el Norte por la Pomerania, sobre el Hannover y la Holanda, que debía ser ejecutado por suecos, rusos é ingleses; el segundo al Este por el valle del Danubio, confiado á los rusos y á los austriacos coligados; el tercero en la Lombardia, reservado á los austriacos solos; y el cuarto en el Mediodía de la Italia, y habían de emprenderle un poco después los rusos, los ingleses y los napolitanos reunidos.

Estaba Napoleón en los detalles de ese plan tan bien como si hubiese asistido en Viena á las conferencias militares de Mr. de Vintzingerode, que hemos referido anteriormente. No había más que una circunstancia tan desconocida á él como á sus enemigos. ¿Hará causa común la Prusia con la liga? Napoleón no lo creía. Las potencias confederadas esperaban lograrlo á fuerza de intimidar al rey Federico Guillermo, y en este caso el ataque proyectado por la parte del Norte, en lugar de ser una tentativa accesoria que la neutralidad prusiana hiciera muy embarazosa, se habría transformado en empresa de mucho riesgo para el imperio, desde Colonia hasta las márgenes del Rhin. No era esto, sin embargo, lo verosímil, y á Napoleón no le llamaban la atención más que los dos grandes ataques por la Baviera y la Lombardia, y miraba á lo más como dignos de algunas precauciones los que se preparaban en Pomerania y hacia el reino de Nápoles.

Dispuso que el grueso de sus tropas pasase á ocupar el abra del Danubio, con el propósito de parar los efectos de los ataques secundarios, al ver la manera de rechazar el principal. En un hecho muy sencillo se había fijado su profunda concepción; en la lejanía existente entre los rusos y los austriacos. Llegó á figurarse que los austriacos, ansiosos de entrar cuanto antes en Baviera y de ocupar según su costumbre la famosa posición de Ulm, cada vez se apartarían más de los rusos; y que

éstos en tal caso teniendo que subir el Danubio con el principal ejército reunido á la reserva austriaca, habían de llegar tarde al combate. Derrotar á los austriacos antes que los rusos pudieran defenderlos, y acometer en seguida á los rusos faltos ya del auxilio del principal ejército del Austria, tal se propuso Napoleón; quería arrollar á sus enemigos comenzando por los unos y acabando por los otros, medio más fácil en teoría, pero muy difícil en la práctica.

Para semejante resultado había menester de transportarse al teatro de las operaciones, es decir, al abra del Danubio, de un modo enteramente singular. Si Napoleón, á ejemplo de Moreau, subía Rhin arriba para atravesarle desde Strasburgo á Schaffhouse, caminando en seguida por los desfiladeros de la Selva Negra, hasta caer entre los Alpes de Suabia y el lago de Constanza, y atacaba de frente á los austriacos acampados tras el Iller desde Ulm á Meningen, no era eso conseguir completamente el objeto de sus miras. Aun suponiendo cierta la derrota de los austriacos, que cada vez contaba él por más segura con el ejército formado en el campo de Boloña, lo que hacía era rechazarlos, llevárselos por delante hacia donde venían los rusos, y guiarlos no más que desalentados hasta poder unirse con sus aliados del Norte. No era eso lo que convenía; al contrario, importaba como en Marengo, y todavía más que en Marengo, envolver á los austriacos; no contentarse con deshacerlos, sino hacer de suerte que todos ellos vinieran prisioneros á Francia, que así era como Napoleón podía ir contra los rusos, no teniendo ya éstos otro apoyo que los cuerpos de la reserva austriaca.

Para el logro de todo esto le sugirió su penetración una marcha muy sencilla. Un cuerpo de sus tropas, el del mariscal Bernadotte, estaba en Hannóver; otro, el del general Marmont, en Holanda; los restantes en Boloña. Dispuso, pues, que el primero descendiera atravesando la Hesse en Franconia sobre Wurtzburgo y el Danubio; que avanzase el segundo siguiendo el Rhin, aprovechándose del paso fácil que este río ofrece, hasta unirse por Maguncia y Wurtzburgo con la división venida del Hannóver. Mientras estos dos cuerpos descendían desde el Norte al Mediodía, resolvió Napoleón llevar las divisiones acampadas á orillas del canal de la Mancha, por un movimiento de Oeste á Este, de Boloña á Strasburgo, amenazando así un ataque directo por los desfiladeros de la Selva Negra; pero dejar en realidad aquella selva á la derecha, y echarse á la izquierda atravesando el Wurtemberg, para reunirse en Franconia con las tropas de Bernadotte y de Marmont; pasar el Danubio por más abajo de Ulm, á las inmediaciones de Donauwerth, para colocarse á retaguardia de los austriacos, envolverlos y hacerlos prisioneros: y después de haberse desembarazado de ellos, marchar contra Viena para atacar á los rusos.

Ventajosa era por cierto la posición del mariscal Bernadotte viniendo del Hannóver, y la del general Marmont, de la Holanda; porque el uno con diez y siete jornadas, y el otro con catorce ó quince, tenían bastante para trasladarse á Wurtzburgo, cogiendo el flanco del ejército enemigo, acampado en Ulm. La marcha de las tropas que de Boloña pasaban á Strasburgo exigía unos veinticuatro días, y este movimiento era el que había de atraer la atención de los austriacos desde que se

anunciara por la salida ordinaria de la Selva Negra. Al cabo de veinticuatro días, esto es, hacia el 25 de septiembre, ya podía Napoleón estar ocupando el punto decisivo. Con obrar sin pérdida de un instante, con cubrir sus operaciones cuanto fuera posible, dilatando su permanencia en Boloña, haciendo correr noticias falsas, y desfigurando sus intentos con ese arte falaz con que supo ilusionar siempre á sus enemigos, le era cosa fácil el paso del Danubio á retaguardia de los austriacos, antes que éstos llegaran ni aun á sospechar que dejaban de tenerle delante. Si le salía bien la empresa, en todo el mes de octubre dejaba fuera de fuego al primer ejército contrario, é invertía el de noviembre caminando sobre Viena, en cuyos contornos debía habérselas con los rusos, infantería nunca vista por él, aunque tenida por valerosa; mas no por invencible, puesto que Moreau y Massena ya la habían humillado en otras ocasiones, y él en ésta se prometía darle una lección algo más severa.

Puesto ya en Viena dejaba muy atrás las posiciones del ejército austriaco de Italia, obligándole por lo mismo á pronunciarse inmediatamente en retirada. El plan de Napoleón era encargar á Massena, como el más arduo de sus capitanes y el que mejor conocía á la Italia, el mando del ejército francés sobre el Adige. Este ejército no había de pasar de cincuenta mil hombres, mas todos ellos de los escogidos, de aquellos ya probados en las campañas sostenidas del otro lado de los Alpes desde Montenotte hasta Marengo. Con tal que Massena pudiese contener al archiduque Carlos en el Adige durante un mes, lo que se tenía por cierto obrando con tropas acostumbradas á vencer á los austriacos, cualquiera que fuese su número, y mandadas por un caudillo que nunca supo retroceder, Napoleón, dentro de Viena, tan de seguro desembarazaba la Lombardía como había desembarazado la Baviera. Si se atraía en pos suyo al archiduque Carlos, también á Massena, y reuniendo entonces á los ciento cincuenta mil hombres con los que se le supone siguiendo las márgenes del Danubio, los cincuenta mil venidos de las del Adige, se vería en Viena al frente de doscientos mil franceses victoriosos. Teniendo á la mano una fuerza tal, y habiendo así frustrado los dos principales ataques enemigos, el de Baviera y el de Lombardía, ¿qué valían los otros dos proyectados por el Norte y Mediodía hacia el Hannóver y Nápoles? La Europa entera se armó contra él; pero nada tenía que temer de la universalidad de sus fuerzas.

Sin embargo, no se descuidó en tomar ciertas precauciones por lo que mira á la Baja-Italia. El general Saint-Cyr ocupaba la Calabria con veinte mil hombres, y Napoleón le mandó que se dirigiese sobre Nápoles é invadiese esta capital en cuanto viera el menor síntoma de hostilidad. Claro es que habría sido más conforme á sus cálculos el no dividir en dos cuerpos el ejército de Italia dando cincuenta mil hombres á Massena para pasar al Adige, y los veinte mil restantes á Saint-Cyr apostado en la Calabria, porque con esos setenta mil hombres reunidos había certidumbre de vencer al Norte de la Italia, y sin tener mucho que recelar por lo que toca á la parte del Mediodía. Mas Napoleón entendía que Massena con sus cincuenta mil soldados y su temple de alma, tenía lo muy bastante para entretener durante un mes al archiduque Carlos; considerando al

propio tiempo de mucho peligro el dejar que los rusos ó los ingleses llegaran á ocupar Nápoles, fomentando en la Calabria una guerra de insurrección difícil de apagar. Por esta razón dejó á Saint-Cyr con veinte mil hombres en el golfo de Tarento, encargándole marchase sobre Nápoles al menor movimiento hostil, para hacer que rusos é ingleses se embarcasen, sin darles tiempo para establecerse en el continente de Italia. En cuanto al ataque que se preparaba en el Norte de la Europa, á distancia tan considerable de las fronteras del imperio, nada más hizo Napoleón para detenerle que continuar el curso de las negociaciones entabladas en Berlín relativamente al reino de Hannóver. Con este reino había convidado Napoleón á la Prusia, con tal de mantener con él alianza; sólo que no prometiéndosela muy eficaz ni formal de una corte tan pacata, vino á proponerla que si no quería recibir ese Estado á título de don definitivo, se encargase de regirle como un depósito confiado á su cuidado. Como quiera, obligada estaba la Prusia á alejar de allí las tropas beligerantes, y su neutralidad en tal caso era suficiente para tener á cubierto el Norte del imperio.

Tal fué el plan que Napoleón concibió; emprender con sus huestes una marcha rápida é imprevista desde el Hannóver, la Holanda y la Flandes al centro de la Alemania, hasta pasar el Danubio más abajo de Ulm, separar á los austriacos de los rusos, coger á los primeros entre dos fuegos, arrollar á los segundos, corriendo en seguida por el valle del Danubio hasta las puertas de Viena, con cuyo movimiento dejaba á Massena desembarazado en Italia, en breve debía rechazar los dos principales ataques que contra su imperio se dirigían. De este modo en Viena iba á ver reunidas sus armas triunfantes, sin tener que recelar del Mediodía de la Italia ni del Norte de la Alemania, porque el general Saint-Cyr sofocaría en aquél todo género de tentativas, y la neutralidad prusiana serviría de obstáculo á las que se pudieran promover en éste.

Nunca capitán alguno de tiempos antiguos ni modernos llegó á concebir y ejecutar planes de semejante extensión; porque, en efecto, nunca tampoco se vió un campo de operaciones de latitud tan prodigiosa, dirigidas todas por la luz de un entendimiento sin igual, con una voluntad soberana y recursos inconmensurables. Porque al fin, ¿qué es lo que vemos casi siempre? Gobiernos indecisos que discurren y discuten mientras debían obrar; gobiernos impróvidos que se acuerdan de organizar sus fuerzas cuando ya debían estar en el campo de batalla; y luego tras esos gobiernos, generales que apenas aciertan á revolverse en el estrecho círculo señalado á sus operaciones. Aquí es lo contrario, talento, voluntad, previsión, libertad absoluta en el obrar, todo, todo lo reúne el mismo hombre, y todo concurre al mismo fin. Semejantes circunstancias rara vez se aunan; pero si alguna llegan á verse, ante la ley de un señor se prosterna el orbe entero.

Orillas del Adige y del Inn estaban ya los austriacos á fines del mes de agosto, y los rusos en las fronteras de la Galitzia. Hubiérase dicho que esas armas iban á sorprender á las de Napoleón; pero nada de eso. El 26 de agosto dió Napoleón todas sus órdenes en el campo de Boloña; pero encargando que no se habían de transmitir hasta el 27 á las diez de la noche, pues

quería aprovechar esas veinticuatro horas más antes de renunciar definitivamente á su grande expedición marítima. El correo que despachó el mismo 27 no debía llegar á Hannóver hasta el 1.º de septiembre y el 2 comenzaría Bernadotte su movimiento, de suerte que el 6 tuviera todas sus tropas reunidas en Gotinga, y se hallase con ellas el 20 en Wurtzburgo. Se le ordenó que encerrase en la ciudadela de Hameln la artillería tomada á los hannoverianos, toda clase de municiones, los enfermos, los depósitos de la división que él mandaba, y una guarnición de seis mil hombres á las órdenes de un



Bernadotte

jefe resuelto y de toda confianza. A este presidio se le había de dejar provisto y municionado para el espacio de un año. Si ocurría un acomodo con la Prusia por lo que respecta al Hannóver, la guarnición que quedaba en el fuerte de Hameln saldría inmediatamente á incorporarse con las tropas de Bernadotte; de lo contrario, había de permanecer en aquella plaza y defenderla hasta morir, dado que los ingleses hicieran una excursión por el Wéser, cosa que no podía evitar la neutralidad prusiana.—«Tan diligente andaré yo, escribía entonces Napoleón, como Federico cuando desde Praga se trasladó á Dresde y á Berlín. Como el rayo correré en auxilio de los franceses que defienden el Hannóver mis águilas, y rechazaré hasta el Wéser á los enemigos que por él llegaren á pasar.» Se le había mandado á Bernadotte que atravesase las dos Hesses, diciendo á los gobiernos de ambos principados que se encaminaba á Francia por Maguncia; y que si le querían impedir el paso, le forzase; pero que de todos modos caminase siempre con el bolsillo abierto, pagándolo todo y observando una exacta disciplina.

En la misma tarde del 27 de agosto salió otro correo para el general Marmont, ordenándole que con veinte

mil hombres y cuarenta piezas de artillería bien montadas, subiese los márgenes del Rhin hasta Maguncia siguiendo por Francfort á Wurtzburgo. Esta orden debía llegar á Utrecht el 30 de agosto, y como ya se le tenía prevenido á Marmont por aviso anterior, este jefe debía ponerse en movimiento el 1.º de septiembre, llegar á Maguncia el 15 ó el 16, y el 17 ó el 19 á Wurtzburgo. De suerte que los dos cuerpos del Hannover y de la Holanda habían de verse en el centro de los principados francos del elector de Baviera del 18 al 20 de septiembre, desplegando en ellos una fuerza de cuarenta mil bayonetas; y como se le tenía dicho al elector que se retirara á Wurtzburgo si los austriacos llegaban á usar con él de violencia, á cubierto quedaban con ese nuevo socorro tanto sus tropas como su propia persona.

En una palabra, el mismo 27 por la tarde se despacharon órdenes á los campamentos de Ambletusa, de Boloña y de Montreuil, cuyo cumplimiento había de comenzar en la madrugada del 20 de agosto. El primer día saldrían por tres rutas distintas las primeras divisiones de cada cuerpo; el segundo las segundas; y el tercero las últimas, llevándose por consiguiente entre unas y otras veinticuatro horas de distancia. Las tres rutas indicadas eran, para el campo de Ambletusa: Cassel, Lila, Namur, Luxemburgo, Dos-Puentes, Manheim; para el campo de Boloña: Saint Omer, Douai, Cambray, Mezieres, Verdún, Metz, Spira; y en fin, para el campo de Montreuil: Arrás, La Fere, Reims, Nancy, Saverna, Strasburgo; y siendo menester para este tránsito veinticuatro marchas, bien se podía contar con que todas esas fuerzas se encontrarían sobre el Rhin entre Manheim y Strasburgo del día 21 al 24 de septiembre. Llegaban á tiempo; porque los austriacos, queriendo ostentar ciertos miramientos para sorprender más fácilmente á los franceses, se mantenían en el campo de Wels cerca de Lintz, y por lo tanto les era imposible formar su orden de batalla antes que Napoleón. Al cabo, cuanto más se corrieran Danubio arriba, tanto más se acercaban á la frontera francesa entre el lago de Constanza y de Schaffhouse, y más expuestos quedaban á que Napoleón les acorralara. Iban por todos los caminos comisionados cargados de sumas para que las tropas encontraran el paso libre, y en cada parada todos cuantos viveres fueran menester; y también era orden terminante de Napoleón, y orden varias veces repetida como todas las que él daba, el que á cada soldado se le suministrasen dos pares de zapatos y un capote.

Nadie entró en el secreto de Napoleón, á excepción de Berthier y Daru; antes hizo correr la voz de que enviaba treinta mil hombres al Rhin, y así se lo escribió á casi todos sus ministros. No fué menos reservado con Mr. de Marbois, á quien no dijo otra cosa sino que reuniese en las arcas de Strasburgo cuanto metálico le fuera posible, lo cual coloreaba muy bastantemente el rumor acreditado del envío de treinta mil hombres á la Alsacia. A Daru le despachó incontinenti para París, ordenándole que se trasladase en llegando á la morada de Mr. Dejeán, ministro del material de la guerra, para extender de su propio puño y letra cuantas órdenes accesorias demandase la mudanza de las tropas, sin que ningún oficial de la secretaría entendiese en semejante negociado. Seis ó siete días más permaneció después Napoleón en Boloña, para que con eso quedasen sus

planes más á cubierto de las indagaciones del público.

Como todos esos cuerpos habían de atravesar la Francia, menos el que mandaba Bernadotte que debía parecer en Alemania como en ánimo de replegarse de fronteras acá, era preciso que estuviesen ya marchando y se diesen señales de su presencia, cuyas señales se habían de comunicar á París, para que desde París corrieran al extranjero, teniendo que consumirse no pocos días antes de que el enemigo llegara á saber el alzamiento del campo de Boloña. Y como por otra parte la noticia del movimiento de esos cuerpos cuadraba tan bien con la voz general de que pasaba con dirección al Rhin un ejército de treinta mil hombres, hubiera podido deslumbrar hasta á los espíritus más perspicaces; y era casi presumible que ya estuvieran en el Rhin, en el Necker ó el Mein, cuando aun se les supusiese á orillas del canal de la Mancha. Napoleón hizo al mismo tiempo que saliesen para la Franconia, la Suabia y la Baviera, Murat, Savary y Bertrand, edecanos los dos últimos de aquél; y se les encomendó el examen de cuantas direcciones guían desde el Rhin al Danubio, observando cuál era la naturaleza de cada una de ellas, cuáles las posiciones militares que ofrecieran, no menos que los medios de subsistencia con que contaban, sin olvidar tampoco el reconocimiento de cuantos puntos tuviera el Danubio de facil travesía. Murat había de viajar con nombre supuesto, y una vez terminada su comisión volverse á Strasburgo para encargarse del mando de las primeras columnas que se hubiesen arrimado á las aguas del Rhin.

Queriendo además Napoleón que los austriacos permanecieran cuanto más fuese posible en la ignorancia de sus disposiciones, encargó á Mr. de Talleyrand dirigiese la comunicación del manifiesto destinado á la corte de Viena, llamándola á explicaciones definitivas; porque como no se prometía obtener de ella sino mentiras, y no tratándose más que de hacer patente su doblez á la faz de la Europa toda, bastaba dar este paso en cuanto se abrieran las primeras hostilidades. Despachó también para Carlsruhe al general Thiard, alistado en las banderas francesas desde que la Francia abrió sus puertas á los emigrados, y encargado en esta ocasión de pactar una alianza con el gran duque de Baden. Con pretensiones de la propia naturaleza acudió al Wurtemberg, alegando que preveía la guerra al ver los preparativos del Austria; pero sin decir jamás hasta qué punto estaba resuelto él mismo á romperla. Digámoslo de una vez, el secreto íntegro de todos sus planes á nadie se lo confió sino al elector de Baviera, desgraciado príncipe indeciso entre el Austria su enemiga y la Francia su amiga; pero aquélla lindando con sus Estados, y ésta apartada de ellos; teniendo muy presente que durante las guerras anteriores había sido víctima de enemigos y de amigos, y olvidado de unos y de otros siempre que se ajustaban paces, ¿sabía él siquiera en favor de quién inclinarse?.. Si comprendía que uniéndose á la Francia podía prometerse el engrandecimiento de sus Estados; pero como ignoraba todavía que había levantado ya sus reales en el campo de Boloña, creíala en esta ocasión enteramente atenta á luchar contra la Inglaterra, sorda á las importunidades de sus aliados alemanes, y en la imposibilidad de socorrerlos. Hablaba siempre de alianza á nuestro ministro Otto; pero sin

atreverse á pactarla hasta que las cartas de Napoleón vinieron dando nuevo aspecto á las cosas. Escríbale al elector en persona y directamente participándole, como un secreto de Estado confiado á su honradez, la suspensión temporal de sus proyectos contra la Inglaterra, y que inmediatamente se ponía al frente de doscientos mil hombres con dirección al centro de la Alemania. «Tendréis, pues, quien os defiende, añadía, y una vez vencida la casa de Austria, forzoso será que os componga un Estado considerable con los restos de su patrimonio.» Lo que quería Napoleón era granjearse la amistad de este elector, que tenía veinticinco mil bayonetas bien organizadas y almacenes abundantemente provistos en Baviera: pues era una ventaja de mucha cuenta el privar á la coalición de aquellos veinticinco mil soldados, y apropiárselos en contra de ella. Por lo demás, con esa confianza nada se arriesgaba, porque el elector aborrecía de todas veras á los austriacos, y nada apetecía tanto como ser aliado de la Francia, una vez seguro de que se le había de amparar.

Dadas todas esas disposiciones, dirigió Napoleón todos sus cuidados al ejército de Italia. Mandó, pues, que las tropas destacadas entre Parma, Génova, el Piamonte y la Lombardia se reunieran todas en Verona, relevando del mando de ellas al mariscal Jourdan, aunque usando de ciertos miramientos para con este personaje á quien él estimaba; pero cuyo carácter no alcanzaba, en su sentir, la gravedad de aquellas circunstancias, y que por otra parte desconocía completamente el terreno comprendido entre el Po y los Alpes. Prometióle sin embargo que le había de emplear en el ejército del Rhin, donde siempre había hecho la guerra, y despachó á Massena sin pérdida de un instante. De todas estas órdenes no podía tener noticia el público sino muy tarde, atendida la lejanía de la Italia.

Concluidas esas disposiciones, ya no pensó sino en aprovechar los días que aún debía permanecer en Boloña, adoptando precauciones las más minuciosas para que su armada quedase al abrigo de cualquier ataque que los ingleses quisiesen empeñar contra ella. Natural era presumir que aquéllos intentarían un desembarco con ánimo de incendiar el material amontonado en los fondeaderos, en el instante que de allí se alzara el campamento; y como Napoleón no renunciaba en ninguna manera á regresar en breve á las costas del Océano tras una campaña venturosa, ni quería tampoco recibir un tan grave insulto como el incendio de su armada, he aquí las disposiciones que dictó á sus ministros Decrés y Berthier. Las divisiones de Etaples y de Wimereux debían reunirse á las de Boloña, y quedar todas ellas colocadas en el centro del fondeadero de la Liana, á cubierto de los tiros del enemigo. Con la flotilla holandesa que estaba en Ambletusa, no se podía tomar igual precaución, pero se tomaron las necesarias para que las tropas estacionadas en Boloña pudiesen concurrir á la defensa de aquel punto en dos ó tres horas; y con unas redes de una especie particular, y bien aseguradas en anclas fortísimas, se impedía la introducción de las máquinas incendiarias que el enemigo hubiera podido disparar bajo la forma de cuerpos flotantes.

Quedaron en Boloña tres regimientos enteros con su tercer batallón, y los doce terceros más de los regimientos dirigidos para la Alemania. La marinería correspon-

diente á la armada se formó en quince batallones de mil hombres cada uno, á quienes se les suministraron armas y los oficiales de infantería necesarios para su instrucción, debiendo alternar el servicio, ora á bordo de los navíos que estaban á la vela, ora en torno de los encallados en el puerto. Esa reunión de tropas de tierra y de mar componía una fuerza de treinta y seis batallones á las órdenes de algunos generales y de un mariscal, Brune, el mismo que en 1799 acorraló á los rusos y á los ingleses contra el mar. Ordenó Napoleón que se levantasen atrincheramientos en tierra por todos los alrededores de Boloña, para tener más á cubierto la armada y el almacenaje inmenso allí reunido; y cada trincheira había de quedar bajo el cargo y responsabilidad permanente de un oficial escogido, á fin de que con eso pudiese estudiar y perfeccionar de día en día su línea de defensa.

En seguida mandó á Decrés y á Berthier que reuniesen la oficialidad de mar y de tierra, para hacerles entender la importancia del puesto confiado á su honor y consolarles del disgusto que la inacción y el ver marchar á sus compañeros de armas al combate pudiera causarles, prometiéndoles que les llegaría su turno en el servicio, y que antes de mucho se les procuraría la gloria de concurrir á la expedición de la Inglaterra, porque Napoleón había de volver á las costas del canal de la Mancha en cuanto quedara castigada la agresión del continente, ocurriendo acaso en la próxima primavera.

En persona asistió Napoleón á la marcha de todas las divisiones del ejército, y no hay palabras con que expresar la gloria, el ardor y entusiasmo de esas tropas en cuanto se les dijo que iban destinadas á entrar en una gran campaña. Hacía ya cinco años que no habían disparado un tiro, y dos y medio que esperaban en vano la ocasión de trasladarse á la Inglaterra. Habitados á una vida común en el espacio de varios años, como iguales se miraban los soldados sin diferencia entre veteranos y nuevos, todos ellos con una confianza ciega en sus jefes, todos idolatrando al caudillo que debía guiarlos á la victoria, y prometiéndose los mayores premios bajo de un régimen que había traído el cetro á manos de un militar afortunado; en una palabra, imbuidos todos ellos del único sentimiento dominante en aquella época, el amor de la gloria, todos pedían á voz en grito guerra, combates, peligros y expediciones á remotos países. Acostumbrados ya á triunfar de los austriacos, de los prusianos y de los rusos, todos los soldados de la Europa les parecían dignos de desprecio, presumiendo que en todo el mundo no podría parecer ejército capaz de resistir á sus armas. Hechos á toda suerte de trabajos como verdaderas legiones romanas, ni medían ni extrañaban las distancias que era preciso correr para ir á la conquista del continente. Emprendían sus marchas entonando el grito de ¡Viva el emperador!.. y pidiendo que cuanto antes se les pusiese en presencia del enemigo; de seguro no había en esos corazones ardidosos un patriotismo tan puro como entre los soldados del 92; mayor ambición sí, pero una ambición noble, la ambición de la gloria, la de legítimos y merecidos premios, y esa confianza, ese desdén de los peligros y de las privaciones que distinguen al militar destinado á grandes empresas. Los voluntarios del 92 querían defender á su